

A última hora de la tarde del jueves día 22, cinco dirigentes obreros del Baix Llobregat elegidos por los trabajadores de Laforsa y ratificados por la asamblea de cargos sindicales de la comarca (unos 2.000 asistentes) se entrevistaron con el nuevo gobernador civil de Barcelona, señor Sánchez Terán. La entrevista, según los trabajadores, fue cordial. Horas antes, la Policía había disuelto la marcha de 15.000 trabajadores que desde la Delegación de Sindicatos de Cornellá pensaban llegar, en manifestación ordenada y pacífica, hasta el mismísimo Gobierno Civil.

Los cinco representantes obreros presentes en la entrevista fueron: Juan Ramos, presidente de la UTT del Metal de Cornellá; Carlos Navales, presidente de la UTT de la Construcción, Vidrio y Cerámica de Cornellá, cargo que ostenta de hecho por la voluntad unánime de sus compañeros de ramo, aunque la OS no quiera reconocer su elección; Pere Caldes, presidente de la UTT de la Química de Cornellá; Emilio Guerrero, presidente de la UTT del Metal de Sant Joan Despí, y José Cano, presidente de la UTT del Metal de Sant Feliu de Llobregat. Cinco dirigentes de una sorprendente juventud —el mayor, Cano, tiene cuarenta años y el más joven, Guerrero, cuenta sólo con diecinueve años—, representativos de los 120.000 trabajadores de la comarca más conflictiva de España. Ochenta mil de ellos han participado en la huelga general que desde el día 16 mantiene paralizado el Baix Llobregat.

Con Ramos, Navales, Caldes, Guerrero y Cano sostuvimos una larga conversación en el popular bar Pastis, de Barcelona, inmediatamente después de la entrevista con el gobernador civil. "Sánchez Terán parece un hombre liberal que, sobre todo, sabe escuchar. En esto se diferencia de su predecesor, Martín Villa... Algo hemos ganado", explicó Juan Ramos.

—¿Resultado de la reunión?

—Nosotros hemos expuesto claramente que la decisión, hoy, de los trabajadores es mantener la huelga hasta que tengamos garantías de que no habrá un solo despedido, ni de Laforsa, ni de Gys, ni de ninguna otra empresa. El gobernador se ha mostrado favorable a la negociación y hemos acordado: Uno: Iniciar un diálogo entre una comisión de trabajadores de Laforsa con representantes de la

misma empresa para resolver el conflicto que tienen planteado. Dos: Reunir paralelamente una comisión de trabajadores de la comarca elegidos por los compañeros de Laforsa con una comisión de empresarios elegida asimismo por los empresarios de Laforsa. Estas reuniones contarán con un moderador que, como tal, no tendrá capacidad de decisión. Estos dos comisiones negociarán el conflicto general del Baix Llobregat.

La vía negociadora está, pues, abierta. Pero la huelga general continuará presumiblemente mientras haya despedidos.

Laforsa —157 despedidos— ha sido el catalizador más importante de esta huelga solidaria del Baix Llobregat.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA HUELGA GENERAL

Además de la solidaridad con los despedidos de Laforsa y de Gys, la huelga general del Baix Llobregat es una acción de protesta por los topes salariales anunciados por Villar Mir y una acción de lucha por la defensa del puesto de trabajo (unos 6.000 obreros de la comarca están amenazados por expedientes de "regulación de empleo"), por la amnistía y las libertades políticas.

Está siendo una huelga totalmente pacífica por parte de los trabajadores. Las palabras que más veces se repiten en las asambleas y reuniones son: unidad, democracia y representatividad. Palabras que ponen de relieve todo un método de trabajo sindical asumido por la inmensa mayoría de los trabajadores.

La intensa vida sindical de la comarca, con reuniones periódicas de los dirigentes obreros de todas y cada una de las localidades que componen el Baix Llobregat (El Prat, Cornellá, Sant Joan Despí, Molins de Rey, Sant Feliu, Sant Boi, Gavá, Sant Vicenç dels Horts, Esplugues, Viladecáns...), explica la combativa solidaridad de todas ellas ante un problema que para algunas resulta incluso lejano. Existe una casi completa identidad entre cargos sindicales y dirigentes obreros. La coordinación se lleva a cabo por lo que los trabajadores denominan la Intersindical. Componen la Intersindical dos o tres dirigentes de los trabajadores de cada localidad, generalmente cargos sindicales a nivel de presidentes y vicepresidentes de UTT, cuya representatividad viene legitimada día a día por su actitud al frente de las luchas obreras. La Intersin-



dical, me señalan, no es organismo de convocatoria, sino de coordinación.

Durante toda la huelga, los trabajadores han intentado negociar con la patronal, no para llegar a un "pacto social", como se ha dicho, sino para llegar a un pacto político. Pero a los empresarios les sobran hábitos adquiridos de pasadas épocas —la perpetua tentación a resolver cualquier conflicto con la represión pura y simple— y les falta entrenamiento para dialogar con los representantes obreros en una mesa de negociaciones.

Un último aspecto: la extensión de la lucha a otros sectores y capas sociales no estrictamente obreros. En la asamblea de 2.000 dirigentes del pasado jueves 22, un representante de los comerciantes de la comarca afirmó que ellos empezaban a comprender y a asumir que la lucha de los trabajadores es su propia lucha. "¿Si nosotros paramos y somos por ello represaliados, nos ayudaréis?", preguntaron a la asamblea. Un sí estrepitoso y miles de aplausos solidarios fueron la mejor respuesta. Así están las cosas.

■ J. Z. T.

COMUNISMO

La vía mediterránea

● PARIS.—"La palabra dictadura ya no corresponde a lo que queremos. Es insostenible, contraria a nuestras aspiraciones y a nuestras tesis... Incluso la palabra proletariado ya no es adecuada..."

Así, soltadas estas frases de sopetón por Georges Marchais en una emisión de TV cuando la expresión marxista de "dictadura del proletariado" figura aún en los estatutos del partido comunista francés, cayeron como una bomba en la vida política y en el interior del PCF. Muchos se extrañan no de que estas frases hayan sido pronunciadas, sino de que hayan llegado tan tarde, de que el PCF se



Marchais: "La palabra proletariado ya no es adecuada".

mantuviese fiel a unas teorías que otros partidos comunistas occidentales habían abandonado ya. Y llueven los análisis —sinceros o malintencionados— para comprender esta revisión doctrinal a que se lanza ahora el PCF: oportunismo, presión del partido socialista, Jano que se compone otra faz, etcétera. En el propio partido de Marchais se elevan voces contra esta "decisión unilateral" del secretario general, acusándole, como hace un intelectual y compañero de Althusser, de "rechazar en condiciones sumarias, sin análisis científicos previos, un principio que forma parte de la tradición marxista".

La verdad es que Marchais encuentra dos obstáculos mayores para conducir a su partido en viraje tan cerrado. Lo que la opinión acepta de Berlinguer o de Carrillo ("Dictadura, ni la del proletariado", dijo éste hace varias semanas), es más difícil de comprender en él. Por dos razones.

Una, personal: con su dura mirada negra, sus cejas pobladas y brillantes, sus gestos bruscos y su rostro anguloso, más se le imagina como un dirigente obrerista de vocación dictatorial que como el liquidador de la dictadura del proletariado. Le falta a Marchais la facundia popular de Carrillo o la austera aristocracia de Berlinguer.

La otra es, evidentemente, más seria. Hasta ayer —hasta hoy—, el PCF era tenido por el partido más sectario y más estalinista de los de Europa

Occidental, con el portugués. En él no se produjo esa evolución que iniciaron hace unos veinte años "partidos hermanos", como el italiano y el español. Mientras que el informe secreto de Jruschef daba pie a polémicas y a discusiones más o menos públicas en esos dos partidos, el PCF se mostró monóticamente prosoviético, aludiendo, cuando no había más solución, al "informe atribuido a Jruschef". Entonces, ya el PCE atravesaba la crisis provocada por las tesis de Claudín —que le llevarían a la exclusión, así como a Jorge Semprún—, y el PCI, bajo el impulso del propio Togliatti, se negaba (como los dos citados "heréticos" del PCE) a considerar el fenómeno estalinista como una manifestación del culto de la personalidad, y se esforzaba en buscar las raíces en las mismas estructuras del sistema soviético.

Más tarde, cuando el PCI elaboraba la tesis del "policentrismo" y de la "vía italiana", cuando el PCE estaba ya metido en la campaña de "reconciliación nacional" y en "pacto por la libertad", el PCF seguía aislado táctica e ideológicamente, constituyendo un enorme peso muerto en la izquierda francesa. Y todavía en diciembre pasado, tras las declaraciones de Santiago Carrillo a "La Stampa": "No puede haber una línea común entre los PC del Este y los del Oeste", aún entonces "L'Humanité" tuvo que acudir en defensa de las posiciones y tesis soviéticas.



Berlinguer: La línea Gramsci-Togliatti.



Carrillo: "Dictadura, ni la del proletariado".

Sobre la violencia y el señor Ruiz Gallardón

● El señor Ruiz Gallardón, en "ABC" (27 de enero), se refiere a "un semanario" que es, sin duda, el nuestro. Se queja el señor Ruiz Gallardón de que considerásemos "terrible" la frase del señor Fraga Iribarne: "El poder público tiene el monopolio jurídico de la violencia"; y se manifiesta partidario de la violencia de Estado, añadiendo algún ejemplo infantiloides de cómo el Estado debe "violentar" a un delincuente que por su voluntad no irta a la cárcel. No es ese el problema, y el señor Ruiz Gallardón, que tiene una brillante carrera jurídica, sabe muy bien cuándo un Estado es violento, porque constriñe a la sociedad a seguir cursos que están fuera de su voluntad; sabe muy bien, y algunos textos de la Iglesia le podrían iluminar si no lo sabe, lo que se considera como "violencia estructural". Sabe, o debe saber si no está en esa ignorancia o esa aberración que nos atribuye, que toda violencia es condenable, y que cualquier mediano observador de la política y de la Historia puede separar muy bien los Estados que han sido violentos de los que no lo son. El señor Ruiz Gallardón es violento, y prefiere la violencia. La preferían Hitler y Stalin, modelos de gobernantes violentos, contrapuestos en cualquier manual a los Estados permisivos, tolerantes; o a aquellos que se ocupan de que en sus pueblos se pueda desarrollar el pensamiento político y la defensa de los intereses sociales sin caer en la violencia y sin tener que utilizar la violencia para reprimir esas dignidades y esas defensas.

El señor Ruiz Gallardón es violento, al menos verbalmente, y ejerce su violencia contra nosotros por el simple hecho de que nos manifestemos contra la violencia de Estado como contra cualquier otra forma de violencia, y deseemos una forma política de otro desarrollo. Para aplastarnos, en su infantilismo, nos acusa de lo que los violentos de la derecha (de la no civilizada, el señor Ruiz Gallardón es un modelo), o sea, de comunismo. De admiradores de la URSS. "Que, por cierto, es una república —dice el débil escritor— cuyo modelo —por república y por soviética— parece ser muy grato, y hasta paradigmático, para los editorialistas de tal revista". Como estamos seguros de no haber escrito nada que permita tal apreciación en ninguno de nuestros editoriales ni de nuestros textos, debemos atribuirlo a la violencia del señor Ruiz Gallardón, a un espíritu denunciante y una maldad de uva personal. Y a una cierta tensión que suele presidir sus escritos, que cuando no son agresivos, no son.

Aprovechemos para puntualizar:

- a) Esta "tal revista" no considera ejemplar, paradigmática o grata a la URSS.
- b) No somos comunistas.
- c) No aceptamos de ninguna manera lecciones de política general de los rabiosos.
- d) Podríamos deducir de las posiciones violentas del señor Ruiz Gallardón y de su defensa de la violencia de Estado que pueda serle grato "y hasta paradigmático" el modelo de Estado violento que implantó Adolfo Hitler, lo que nos llevaría a la conclusión de que es un nazi o un fascista.
- e) Estamos seguros de que cuando en un país que comienza a instaurar nuevos modos de convivencia y desarrollo de ideas políticas las gentes se acusan mutuamente de comunistas o de fascistas, se está cometiendo un delito grave —ética, moralmente al menos, si no jurídicamente— de perturbación del orden y de sabotaje de esa situación. Lo cual nos llevaría a la idea de que el señor Ruiz Gallardón es un elemento subversivo.
- f) Nuestras apreciaciones sobre la república están suficientemente comentadas por nosotros mismos, sin necesidad de exagerar violentos que nos interpreten con falsedad deliberada.
- g) Seguimos siendo contrarios a todo uso de la violencia, dentro o fuera del Estado, y propugnamos unas fórmulas de organización de la sociedad que excluyan, hasta donde es posible en la civilización actual, el uso de la violencia. ■

Está en la Biblia

Después de lo dicho se comprenderá el colapso recibido por la opinión francesa y en particular por los militantes del PC. La operación se hizo sin anestesia, y el órgano extirpado es, diríamos, vital. Por lo menos, está en las escrituras. Y aunque Marx haya utilizado poco la expresión "dictadura del proletariado", ésta figura en el "Manifiesto comunista" de 1848, considerado desde entonces como irreformable. Escrito está en él que "la ascensión del proletariado como clase dominante" y su "supremacía política", claros equivalentes de la futura "dictadura del proletariado", son indispensables para "centralizar la producción entre las manos del Estado".

De todas formas, la nueva posición de Marchais, por muy osada que parezca dada la situación en que se hallaba el PCF, no va tan lejos como la de Berlinguer o Carrillo: el PC francés sigue siendo el único partido del proletariado, y nadie debe aventurarse en su terreno: "Somos —dijo Marchais— el partido de la clase obrera, el partido de los trabajadores".

Aquí encontramos el gran problema del PCF, la dificultad de su evolución, y el por qué no puede hacerla sin grandes riesgos. Mientras que los italianos y españoles fueron avanzando (o retrocediendo, que también se dice) lentamente, perdiendo jirones en la transformación, pero ganando en otras capas sociales (particularmente en un terreno tradicionalmente reservado a los partidos socialistas), el PCF dejó ese espacio libre, que vino a ocupar el partido socialista renovado por François Mitterrand. Lo peor para Marchais es que esa fidelidad a Moscú, ese prosvietismo no le sirvió para nada, pues igual que los otros sufrió las escisiones, la aparición de una extrema izquierda organizada que es, desde hace años, su gran pesadilla. Se encuentra ahora con un partido socialista que le iguala o supera, mientras que en los dos otros no ocurre tal, y se ve obligado a emprender una mutación que, aunque no sea así, tiene todas las apariencias de haber sido forzada por la progresión del partido de Mitterrand.

De todas formas, y por muchas batallas que Marchais

tenga que entablar en el interior del partido, su imagen ya ha ganado puntos en los sondeos callejeros. También entre los comentaristas políticos, que lo presentan como el defensor de la línea evolucionista, contra otros —como Roland Leroy— partidarios de la ortodoxia moscovita. "Añadiéndolo al rechazo reafirmado del modelo soviético, a la denuncia de los crímenes cometidos en los países del Este, al abandono de cierto dogma —escribe 'Temoignage Chrétien'— que se consideraba intangible, pero que en realidad repugnaba a muchas conciencias, esta evolución no será provechosa únicamente para el PCF, sino también para toda la izquierda, cuya 'credibilidad y fiabilidad' aumentarán por esto".

Es indudable también que Marchais ha querido unirse a Berlinguer y a Carrillo en su táctica —más o menos establecida; poco, más bien que muy formulada— de crear un bloque socialista en Europa. Esto explica la reciente firma en Roma del documento entre los partidos italiano y francés. Santiago Carrillo había desvelado algo de

esta estrategia en unas declaraciones a Rossana Rossanda, en la publicación de la extrema izquierda italiana "Il Manifesto". Carrillo dijo que si alianzas semejantes a la del "compromiso histórico" llegasen a cuajar no sólo en Italia, sino en España, Francia y Portugal, Europa Occidental —la Europa mediterránea— podría convertirse en un polo de atracción para los países del Este y, ¿por qué no?, en un ejemplo de socialismo para la Unión Soviética. Estas declaraciones fueron juzgadas inoportunas por Berlinguer, no por haber sido hechas a una revista "herética" ni porque no las compartía, sino porque considera que los tiempos no están maduros para enfrentar a los partidos comunistas occidentales con los potentes de los países del Este. Por otra parte, si en Europa se afirmase un socialismo independiente de las dos superpotencias, disminuiría la amenaza constante de una intervención de los EE. UU., pero sería a la vez un desafío a la Unión Soviética, que aceptaría mal un nuevo bloque socialista salido de su órbita de influencia.

■ RAMON CHAO.

Felipe González y Tierno Galván, presentadores

● Julián Besteiro, el Besteiro parlamentario de Fermín Solana, ha sido presentado por Manuel Jiménez de Parga y por Felipe González. Un criterio formal debería llevar esta nota a las páginas de "Letras". Un criterio de contenido las sitúa en éstas. Habló primero el editor, Jesús Aguirre; Jiménez de Parga estuvo parlamentario quizá porque, aunque era un "acto de salón", había —gentes de letras y periodismo aparte— políticos como Ruiz-Giménez, Fernández Ordóñez, Claudín; profesores como García de Enterría, Maravall... y, a su izquierda, el máximo dirigente del PSOE, Felipe González. Felipe González situó a Besteiro frente a quienes han querido utilizarle, destacó el socialismo marxista de Besteiro, su vinculación a las luchas obreras y reivindicó su parlamentarismo. Asumió a Besteiro al igual que a Iglesias, Largo o Prieto. Hubo en la intervención de Felipe González llamadas a la derecha y a la izquierda, y velados ataques a quienes, a su entender, dividen el socialismo español.

Al día siguiente, el profesor Tierno Galván encontraba un público universitario en el Colegio Mayor César Carlos. Presentaba "El primer nacionalismo vasco", de Juan José Solozábal. La intervención del profesor Tierno Galván, precedida por las palabras del editor de Tucur, Andrés de Blas, estuvo dedicada en su primera parte al libro. Alabó el método y, sobre todo, el carácter sugerente del libro, la invitación a la reflexión sobre el problema vasco que se deduce de sus páginas. Tierno hizo también incursiones al momento político. Se mostró conciliador: el

pais camina hacia un neocapitalismo y habrá que exigir las reglas del juego democrático para que el pueblo pueda decidir: Había, digo, un público fundamentalmente universitario: Carlos Moya, el doctor Donato Fuejo, Roberto Mesa, Escandel, Rubio Llorente, Manuel Aragón, Manuel Pastor, González Encinar... ■



De izquierda a derecha, Jesús Aguirre, Pancho Pérez González, Jesús de Polanco, Manuel Jiménez de Parga y Felipe González.